

VIAJE DE VIAJES

He tenido un emocionante reencuentro con **Alfonso García** y su obra después de nada menos que diez años. Durante los 90, nos transitamos con bastante frecuencia y colaboramos en distintos proyectos, haciendo posible no sólo que descubriera y escrutara su quehacer artístico, sino también sus más personales motivaciones. Ambos aspectos consiguieron mi mayor consideración y terminé por ser franco admirador suyo por sus extraordinarias cualidades como artista y como persona, siempre inseparables.

Doy por sabido que a Alfonso no le entusiasma que este tipo de textos, guiños literarios que acompañan de palabras y conceptos cada una de sus entregas expositivas, derive en lo personal y airee cuestiones pertenecientes al territorio más íntimo, salpicando de anécdotas, observaciones y recuerdos, esta suerte de *guarnición* socorrida del *plato principal* que es el fruto de su arte, a mi juicio absolutamente elocuente en su mágico discurso visual y sensual; pero, en este caso, no puedo evitar recurrir a ello con el ánimo de poder explicar -bajo su aparente trivialidad- qué percepciones me asaltan en la actualidad, conectadas al pasado y a una evolución diacrónica que justifica los idearios que impulsan su feraz creatividad.

Alfonso García es un artista natural y, como tal, su mundo interior se nos asoma visceral a través de una narrativa basada constantemente en la sugerencia. Inquieto (*desinquieto*, decimos por aquí) y aventurero (curioso *novelero*, siguiendo la traducción), la evidencia posiblemente le resulte estática, unidireccional y austera, frente a la volátil y abundante *multidireccionalidad* -permítanme un término tan *snob*- que fluye y refluye

de sus sugerentes iconos. Este lenguaje de la sugerencia no se queda en balbuceo; antes bien, retoma sus contenidos desde una honda reflexión previa que configura y articula su mensaje con una coherente nitidez, la misma que al final va a definir y estructurar cada una de las series que ha venido presentando, con notable sobriedad y bonhomía, durante más de veinte años.

El artista suele excavar en sí mismo para buscar respuestas. La duda, representada por las preguntas y las respuestas del diálogo permanente de la vida y la libertad, se convierte en el más útil equipaje de este viaje que es la búsqueda y es la propia existencia. La metáfora del viaje pertenece de esta manera a todos los ámbitos del ser humano: desde la cuna al ataúd; desde la muerte a otros estados desconocidos de la conciencia o la inconsciencia; desde la inseguridad a la seguridad; desde el interior al exterior; desde la ignorancia al conocimiento; desde la pregunta a la respuesta; desde la memoria a la esperanza... Pero cada una de estas preposiciones que nos señalan el origen y el punto de partida (*desde*), nos lleva siempre al interior. Como nos aseveró el poeta y Nóbel español, **Juan Ramón Jiménez**, por mucho que corramos... siempre vamos a llegar a nosotros mismos.

Nuestro escultor, intensamente viajero y pasional, nos muestra ahora -en esta serie de ***Gestos y geometría*** que comparte con su compañero **Francis Viña**- el resultado escudriñado e inspirado de los viajes que ha realizado en este último tramo de su vida, que ha sido también -por sí mismo- otro viaje paralelo. Su geografía emocional pasa aquí a un primer plano sobre el *acero corten*, sugiriendo ciudades, espacios y territorios, nombrados y fechados en la solidez de la plancha produciendo el vacío en su recorte, tal vez el vértigo de la memoria, el *souvenir* imposible trasladado a unas piezas escultóricas que cambian su formato y su volumen

para colgar de las paredes emulando a sus parientes pictóricos, hace tiempo abandonados en la génesis del autor. Se trata de la experiencia, íntima e interactiva, que ha atesorado el escultor en un constante devenir que vuelve a recordarnos en esencia su naturaleza interior. Sus viajes tienen así ese ulterior sentido: el interior.

Anatole France se preguntaba... ¿Qué es viajar?, ¿cambiar de lugar?.. No -aseguraba el escritor francés: “*Es cambiar de ilusiones y de prejuicios*”. Y es cierto que ese cambio se produce siempre en el interior, dentro de uno mismo. Por eso, el proceso metamórfico de sus *Imagos de un tiempo*, su exploración conceptual de la muerte y de todos sus aledaños y recovecos filosóficos, metafísicos, teológicos...; sus tributos y reconocimientos a otros creadores e incluso a personas sencillas de su entorno afectivo (de los que podemos ver también una selección en esta muestra), son siempre ecos de distintos viajes. Toda su trayectoria artística es un viaje interior conformado por otros muchos en los que nuestro amigo queda *marcado y exorcizado*, habitante de su propio mundo interior, sin cesar de preguntar, observar, comparar... en el exterior.

Con estas piezas, **Alfonso García** no interrumpe el discurso que ha venido construyendo a lo largo de todos estos años. Parece que fue ayer cuando debatíamos sobre la muerte y me pidió un recital poético para el Ateneo (la *Inspiración lírica de la guadaña* que ofrecí con **Fernando Senante**). Ya por entonces, un viaje a Nepal le inspiró algunas esculturas de pulcras texturas y vivos colores, cuyos pulimentos dieron paso a óxidos posteriores que también combina ocasionalmente con otros acentos y matices. Ahora... equilibrios, sutilezas, contundencias, formas sinuosas -siempre armónicas-, peso y ligereza..., se presentan a nuestra mirada evidenciando su amor por el trabajo y su apego al taller y a los materiales,

equipaje ineludible de esos viajes recorridos en el exterior desde sus propios interiores.

La mismísima vida es un viaje. Y la muerte también; aunque escribiendo sobre esto me venga a la cabeza **John Dryden**, el poeta inglés que veía el mundo como una posada y la muerte como el final del viaje. Las culturas antiguas preparaban a sus muertos, precisamente, para ese viaje. Y volvemos a insistir en que es siempre interior, a uno mismo, a su memoria y sus consecuencias, a las marcas y cicatrices que nos dejan sus paisajes, a la transformación que se gesta en cada uno de ellos, a la sorpresa futura...

Que sigamos viajando todos en este viejo viaje de viajes. Como dijo mi admirado **Carlos Pinto Grote**, *“no lleguemos jamás, sería terminar con la esperanza”*.

RUBÉN DÍAZ